

Sacerdotes que hicieron historia

## **Padre LORENZO COT**

El Padre Lorenzo Cot nació en Chambons de Fenestrelle (Suiza) el 1° de enero de 1825. Fue un hombre leal y preparado, de grandes dotes personales y aguda inteligencia, que se entregó con pasión a su ministerio. Tanta confianza despertaba, incluso para la turbulenta clase política de su tiempo, que no sólo fue nombrado primer capellán del General Urquiza en el Palacio San José, sino que el mismo presidente de la Confederación lo envió a Europa para allegar nuevas familias de colonizadores a esta tierra y así poblar la recién formada colonia San José.

El Padre Cot partió en febrero de 1859 al cantón Valais, de Suiza, donde promovió con admirable detalle las riquezas de su tierra y las ventajas para asentarse en ella, mediante folletos escritos por él mismo en francés y alemán. Los resultados de su tarea fueron grandes. La colonia llegó a reunir hasta 1500 personas, que se desplazaron en cuatro contingentes.

Sin embargo, la alegría de este logro no duraría mucho para el Padre Lorenzo. A su regreso de Europa tuvo que enfrentarse con la oposición del encargado político de la Colonia, debido a la denuncia del sacerdote del incumplimiento de algunos compromisos adquiridos con los colonos (en particular uno que concedía dos leguas alrededor de la colonia como campo de pastoreo de animales). Esta defensa de los inmigrantes le costó al Padre Cot, según sus propias palabras, “sufrir una guerra sistemática, haciéndole pasar ratos amargos”.

Tuvo otro altercado fuerte con la más alta dirigencia política cuando hizo valer el derecho de los colonos a ser exceptuados en el reclutamiento de tropas en la guerra de la Triple alianza en la que Urquiza participó contra Paraguay.

Tras tres años de desgaste, renunció como capellán de San José y fue trasladado a la villa Colón por Mons. Gelabert. Para entonces ya se había ganado muchos enemigos. “En octubre de 1867 el Padre Cot se ausentó del pueblo, requerido por Mons. Gelabert, quien, con objeto de aprovechar su preparación intelectual y su conocimiento de varios idiomas, deseaba lo acompañara en su visita pastoral a Corrientes”.

Sus adversarios aprovecharon la ocasión y sembraron la sospecha de que el sacerdote había huido por la epidemia de cólera que entonces se había desatado en la región. Se reunió un conjunto de firmas (entre las que se hallan casos insólitos como adversarios confesos de la Iglesia, protestantes y personas no pertenecientes a la colonia) solicitando que el cura que entonces reemplazaba interinamente a Cot quedara en su puesto de forma definitiva. Simultáneamente un grupo de católicos del lugar elevó una nota al obispo Gelabert rogándole permitiera el regreso del Padre Cot para aclarar la situación, pedido al que el prelado accedió en consideración a la magnitud que tomaban los hechos.

El Padre regresó en agosto de 1868. La junta de fomento local, foco de la oposición, no le reconoció sus derechos como ministro, impidiéndole el uso de la capilla y confiscando los ornamentos sagrados para el culto. Mons. Gelabert respaldó enérgicamente al Padre Cot ratificándolo en su cargo, y le concedió permiso para que oficiara Misa en la casa particular del Sr. Corverset hasta que se contara con los elementos mínimos para el culto en la iglesia.

El ambiente de tensión crecía y se iba enrareciendo. El Padre Cot, en carta

fechada dos días antes de su muerte, mencionó que un vecino le comentó que el Gobierno amparaba todo lo hecho contra él y que no era nada en comparación con lo que se iba a hacer. A su vez solicitaba al Provisor diocesano que le enviara la lista de los firmantes de aquella solicitada calumniosa porque quería hacerles frente... y le comentaba: “no tema nada por mí, si viera como agachan la cabeza; (...) si le cuento todo lo que ocurre no es para que se asuste sino para que esté enterado de las intrigas de estos cachafaces” (...). Otro amigo del sacerdote le había alertado en esos días: “en Colón se habla en el círculo opositor de darle una paliza; sus opositores, viéndose perdidos en la cuestión y en absoluta minoría pueden tentar la violencia”. El Padre le manifestó que por nada abandonaría su posición, y que su honor personal y el de la Iglesia estaban en juego. Días más tarde le respondía a este amigo, señalando: “lo de la paliza es cierto...”; y le comentó: “hay un individuo que me silba cada vez que paso y hace unos días pedí al Juez de Paz copia de unas actas y fui insultado por él a viva voz”.

El Provisor Seguí volvió a advertirle que había gestiones hechas contra él en Paraná y le aconsejó que tuviese precaución, manifestando temer por su vida. Un vecino, estuvo en la mañana misma del atentado aconsejando al Padre que dejase Colón, a lo que respondió: “el derecho y la incuestionable mayoría de la población están conmigo, yo no le he hecho mal a nadie ni tengo por qué salir ni por qué temer”.

Entonces llegó la noche del 27 de setiembre, apenas un mes después de todo el incidente. Según lo describe uno de los testigos, “a las siete de la tarde se presentó un individuo vestido con el traje de un vasco, con la cara oculta por la boina. Habló primero con Converset, el dueño de la casa y éste previno a Cot que no saliese porque aquel hombre desconocido le era sospechoso. Cot habló con el pretendido vasco y, viendo éste que el sacerdote dudaba, le dijo que si no se apuraba su mujer moriría sin confesión. El Padre Cot dijo entonces a Converset que no podía cargar su conciencia con esa responsabilidad y se resolvió a salir. Converset quiso entonces acompañarlo y el hermano de éste se puso a cargar un revolver para seguirlos. El Padre Cot y el pretendido vasco iban delante, Converset los seguía de cerca dando tiempo a que su hermano se les reuniese. Como a cuatro o cinco cuadras cerca de las últimas casas del pueblo, que por ese lado era despoblado, de una especie de hondonada que hace el terreno, salieron seis u ocho individuos que atacaron al Padre a palos. Converset iba a protegerlo pero al ver tantos contra ellos y caer al Padre Cot al suelo, emprendió la fuga, dando gritos de auxilio (...) Dos de los asesinos corrieron a Converset y le dispararon dos tiros”.

“Los hermanos Converset dieron parte y la Policía se puso en movimiento pero los asesinos, *que estaban a pie*, no fueron alcanzados y sólo se encontró el cadáver del desgraciado Padre”. “La cabeza estaba desecha y tenía tres heridas de puñal en el corazón, una de las cuales había traspasado el pulmón”; “fueron hechas ya estando muerto en el piso por los golpes en la cabeza”.

El relato concluye indicando que “unas dos mil personas, por lo menos, condujeron procesionalmente el cadáver a la Iglesia de la Colonia y de allí al cementerio” y que “a los dos días asistieron al oficio fúnebre 800 personas, cosa extraordinaria siendo día de trabajo y de las demostraciones de dolor como nunca fue vista en el pueblo, lo que prueba el aprecio y popularidad” del sacerdote.

Respecto de los móviles de este hecho se descarta que sean económicos ya que el Padre Cot era un hombre, según sus contemporáneos, “de una pobreza franciscana”. De la casa del sacerdote se robaron documentos y libros

parroquiales a los que, según algunos historiadores “se buscó hacer desaparecer porque eran comprometedores para personajes de la época y para altos funcionarios del gobierno provincial”. En este sentido, es sugestiva la inacción gubernamental. Urquiza, a la vez que parece comprometido, por otra parte escribe de puño y letra que aquel suceso había “conmovido su alma profundamente”, mostrando indignación porque “la justicia no haya descubierto la trama del escándalo sangriento (...) ¿De dónde han venido esos asesinos que han manchado el suelo de Entre Ríos con la sangre de un Sacerdote cristiano, primer ejemplo de un crimen semejante? Si escapan a la justicia de los hombres, no han de escapar, ni en la tierra, a la justicia de Dios”.

Otros tampoco descartan la acción de logias masónicas que entonces llevaban adelante campañas sistemáticas de difamación contra el clero. El Padre Esteban Monnard, a 21 años del crimen, escribió que “fue la ejecución de un complot de la masonería”. Esta afirmación para muchos no se entiende necesariamente como un atentado contra Cot por el mismo hecho de ser sacerdote, sino por un móvil más político, por las causas antes mencionadas (la frase se puede explicar porque los instigadores y apañadores del crimen pertenecerían a una logia en auge en aquel tiempo y zona). De hecho, quienes actuaron contaron con grandes protectores, ya que nadie fue molestado por el crimen ni consta que la policía hiciera algo para esclarecerlo. Ya entonces, Esteban Moreno, amigo del sacerdote, anticipaba lo que luego ocurrió: “se teme que el crimen quede impune; en Colón, los parientes del Padre y otros llamados a dar buenos datos a la justicia aterrados, muertos de miedo, se han encerrado en la negativa a todas las preguntas y contestan que no saben”.

Más allá de la autoría del crimen, permanece como perla para nosotros y para el tesoro de nuestra historia diocesana, el testimonio de este hermano, sacerdote de Dios, que defendió con convicción la verdad, el honor y el deber de su ministerio, manteniéndose firme en los momentos de mayor adversidad, jugándose por esto todo, hasta la propia vida.

Fuente: Archivo Arzobispado de  
Paraná.